

Amor Mentiroso

Gloria Cantillo Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

La vuelta a casa se me estaba haciendo eterna, sólo quería llegar a mi pequeño apartamento y dormir en aquella cama que había echado tanto de menos. Un año en Londres era una experiencia increíble, pero el trabajo apenas me había dejado respirar y disfrutar de aquella magnífica ciudad y de lo que se esconde en ella, aunque tenía familiares londinenses poco sabía de ellos y conocía sólo a algunos de los que iban a visitar a mi familia en Ohio. En Londres había dejado atrás a grandes compañeros de trabajo y buenos amigos que echaría más adelante de menos, pero en Nueva York me esperaba mi trabajo y mi loca amiga Christy, no sabía nada de ella desde que partí, con el trabajo no podíamos comunicarnos más de diez minutos y nos era imposible.

Cuando pisé con mis propios pies el suelo del aeropuerto de Nueva York, dejé las maletas en el suelo y me estiracé lo más que pude, el ambiente por aquí ya olía a los neoyorkinos que siempre iban con prisa, una pequeña banda de no más de tres personas estaba tocando una pegadiza canción que me hizo acercarme a ver mejor de cerca y darle alguna propina, el guitarrista rubio de las rastas me sonrió y dijo algo tan bajo que no llegué a escuchar, solamente sonreí y marché de allí antes de que me quedara a escuchar otra canción. El taxi me dejó frente a la entrada del edificio en el que vivía, bajé y miré hacia arriba, cuanto había echado de menos este viejo edificio.

-Señorita ¿quiere que le ayude? Esas maletas se ven pesadas- miré al taxista con esa gorra tan característica, negué con un movimiento de cabeza.

-Gracias pero puedo yo sola- el hombre se encogió de hombros y llevándose la mano a la visera me hizo un gesto de despedida, y el taxi empezó a moverse hasta que lo perdí entre el mar de taxis y coches que circulaban por la avenida.

Busqué torpemente las llaves de la entrada en el bolso y cuando di con ellas, abrí. Steven, el portero, parecía que no se había movido en todo este tiempo, estaba tal y como yo lo había dejado. Detrás del mostrador con la nariz metida en el periódico, al escuchar el ruido que estaba formando con tanta maleta, levantó la mirada y me miró- Hola Steven, veo que sigues igual.

-¡Amelia! ¡Qué bueno que estés de vuelta!- dijo mientras salía de detrás del mostrador y alzaba los brazos para recibirme en un abrazo, me estrechó en esos fuertes brazos dejándome sin respiración.

-Steven me estoy quedando sin aire en mis pulmones- dije riendo aunque era verdad, Steven me dejó en el suelo y cogí un poco de aire. Quizás

fuera la única a la que este portero trataba como una amiga más, los demás vecinos eran personas mayores o algo gruñonas, secas, bla, bla bla. Steven empezó a trabajar como portero de este edificio a los pocos meses de yo haberme instalado y entre nosotros hubo una buena conexión a eso le sumamos que soy de la misma edad que él y nos entendemos- ¿Qué tal las cosas por aquí? ¿La Señora Smeller sigue preguntando que le pasó a su gata?

-No me recuerdes a la gata por favor, apareció a los pocos meses con una camada de mini-gatitos y ahora cualquiera se acerca por la casa de esa vieja loca de los gatos- hizo una pausa cuando uno de los que vivían en aquel edificio pasaba por nuestro lado sin tan siquiera saludar, nunca antes había visto a ese hombre, Steven al ver la cara rara que puse pareció leerme la mente y se adelantó a decir- Ese era Marcos, Marcos Rodríguez, parece que trabaja para un grupo mafioso- reí al ver que tenía razón con eso que acaba de decir.

-Oooh ten cuidado con él, seguro que lleva una pistola bajo ese jersey- bromeé dándole un pequeño puñetazo en el hombro.

- Con eso no se juega ¿y si es verdad que la lleva?- dijo poniendo cara de interesante, le miré divertida y sonreí al ver el gesto que hizo de sacarse una pistola y empezar a apuntar a todos lados. Agarré la maleta y me preparé para subir por aquellas infinitas escaleras-el ascensor ya está en funcionamiento- comentó Steven volviendo a su puesto de trabajo.

-iAh! Perfecto, muchas gracias Stev- arrastré las maletas hasta el ascensor y pulsé el botón, esperé hasta que llegó. De él bajaron algunos vecinos, uno de ellos era mi vecina la Señora Strang, que al verme me dio un sonoro beso en la mejilla, dejándome seguramente el lápiz labial rojo marcado. Dentro del ascensor, sólo yo y mis maletas, pulsé el botón de la sexta planta.

Frente a la puerta de mi apartamento, dejé las cosas y abrí, estaba todo tal y como lo había dejado, aunque olía a limpio; Christy seguro que había contratado a alguien para que lo limpiase en todo este tiempo, metí las maletas dentro dejándolas en la entrada y con la puerta aún abierta, fui directa a las ventanas y corrí las persianas, ahí estaba Nueva York, todos esos edificios que deslumbraban en la noche. La luz entraba alumbrando toda la sala, el suelo de madera de nogal brillaba por el reflejo de aquella luz. Paseé por el salón hasta la pequeña cocina. Todo estaba demasiado limpio, los muebles relucían más de lo que recordaba. Volví a por las maletas y entré en mi habitación ¡Cuánto había echado de menos esa cama! Solté todo lo que tenía en las manos y pegué un salto cayendo sobre la cama, me desperecé completamente y rodé por ella- Esto es vida- dije aunque no había nadie para escucharme. Después de guardar alguna de las cosas que tenía en las maletas me tomé un descanso. Me preparé un café como me gustaban a mí, bien dulces y me senté en el

sofá mirando por la ventana los edificios. De pronto me acordé de Christy, corrí a por el móvil que lo tenía en el bolso en la habitación y tecleé un mensaje rápido diciendo que ya estaba de vuelta y con ganas de quedar con ella; no tardó en devolverme el mensaje. El mensaje decía:

Para: Amelia

De: Christy

¿¡VOLVISTE Y NO ME AVISASTE!?! ¿PERO QUE CLASE DE AMIGA HACE ESO? Dime que volviste con un londinense bien guapo porque yo te tengo que contar mi próximo amorío. Seguro que te cae muy bien. ¿Qué tal el viaje de vuelta? ¿Cuándo nos podemos ver? ¿Estás libre esta noche? ¿O prefieres quedar mañana y descansar? El viaje seguro que fue largo, me lo tienes que contar todo, me refiero a TODO. Avísame.

Te quiere una amiga indignada y ofendida.

Reí ante aquel mensaje, contesté inmediatamente mientras volvía al sofá donde había dejado la taza con el café a medias, que por cierto ya estaba empezando a estar frío. Terminé de escribir el mensaje y lo volví a leer antes de enviar.

Para: Christy

De: Amelia

No te ofendas, sólo quería darte una sorpresa y no, no he traído conmigo a ningún londinense guapo que haya "caído a mis encantos" pero al parecer tú tuviste suerte, ya me lo presentarás un día de estos ¿Qué te parece si quedamos mañana después de que salga de trabajar? Podemos quedar en nuestro restaurante de siempre, ya me dices.

Lo envié y en menos de un minuto Christy me había contestado con un OK. Dejé el móvil sobre la mesa y volví a prepararme otro café después de eso iría a descansar hasta mañana que tenía que volver al trabajo aquí

en Nueva York.

Con mi típico atuendo de periodista que consistía en una simple blusa y unos jeans junto a unas botas bajas, corría por mi apartamento con la taza de café en la mano mientras buscaba algunos papeles que debía de llevar esa misma mañana y para no joder más iba a llegar tarde. Me recogí el pelo en una coleta alta sin tan siquiera mirarme en el espejo para asegurarme de que todo estaba en orden. Corrí por las escaleras, no había tiempo de coger el ascensor.

-Buenos días Steven- saludé con un movimiento de mano rápido.

-¿Ya vas otra vez tarde? No vas a cambiar nunca ¿eh?- escuché decirle, no pude contestarle porque ya estaba en la calle buscando mi mini Cooper blanco, no me acordaba donde lo tenía estacionado. Miré entre los coches y finalmente lo encontré frente al Café de la acera de enfrente, atravesé la calle corriendo con el cuidado de que no me atropellaran los coches que pasaban.

Metí las llaves en el contacto e intenté arrancar, nada, lo intenté una segunda vez y fue un intento fallido- No me jodas, mierda el depósito está a cero- saqué las llaves del contacto y salí del coche cerrando demasiado fuerte. Llamé a un taxi pero pasó de mí, el segundo hizo lo mismo que el primero, maldije mentalmente a los taxistas como ese. El tercer taxi que intenté parar, paró.

Corrí por la acera, intentando no empujar a nadie o intentando no tropezar. Ni siquiera saludé al portero del edificio, iba con prisas para saludar. Corrí por el pasillo pasando de Vanessa, la recepcionista rubia que no soportaba, que no paraba de llamarme. Me metí en el ascensor y pulsé el botón varias veces para que aquello fuera más rápido, un hombre cuarentón entró justo cuando las puertas se estaban cerrando.

-Buenos días- saludó poniéndose a mi lado mientras le daba al botón de la quinta planta, bajaba después que yo, menos tiempo que perder.

Una conversación muy entretenida del tiempo, menos mal que el ascensor paró y las puertas se abrieron, salí de allí como alma que lleva el diablo sin despedirme siquiera. Saludé a algunos de mis compañeros que no veía desde que fui a Londres también había personal nuevo, por ejemplo mi compañera había sido reemplazada por una Barbie de metro ochenta. No había tiempo de ponerse a preguntar por su antigua compañera, tenía

cosas más importantes que hacer.

Seguí el camino entre mesas, esquivando a algunos trabajadores. Llamé a la puerta del Señor Romserty.

-¡Adelante!- gritaron desde adentro, abrí la puerta como pude con todos los papeles que tenía en brazos cerré la puerta de espaldas ya que era de la única forma que podía- No, no... tenemos que buscar otra forma de arreglar esto...

-¿Señor Romserty le sucede algo?- pregunté extrañada, no veía nada con las carpetas.

-¡Amelia! ¿Cuándo volviste? - sonó alegre al verme bueno más bien al escuchar que era yo, ¿por qué todo el mundo me preguntaba eso? Y más mi jefe que era el que lo había planeado todo- chiquilla deja que te ayude.

-No se preocupe señor puedo con ello- contesté agarrando fuertemente las carpetas pero noté como me quitaban el peso de las manos. Miré hacia el hombre que tenía delante de mis narices, recordaba al señor Romserty con poco pelo, más bajito que yo y con un bigote y su barril como barriga...no a un hombre de metro casi noventa, con traje chaqueta y ojos increíblemente azules cielo. Me miraba de una forma amenazadora y me sentí débil ante él, este hombre parecía peligroso y eso fue lo que me atrajo de él.

Me quedé mirando como llevaba las carpetas que yo había tenido en brazos unos cinco segundos antes hasta la mesa del fondo, dejándolas al lado de la cafetera- Señor Di Giovanni terminaremos nuestra conversación en unos minutos, no tardaré.

El hombre pareció ignorar al señor Romserty, cogió lo que parecía un iPod y salió de allí- que tenga un buen día señorita- me dijo antes de salir volviendo a tener ese contacto visual con él, inmediatamente noté esa atracción.

-¡Amelia, hija cuéntame! ¿Qué noticias me traes?- preguntó mi jefe sacándome de mis pensamientos- Seguro que tienes mucho que contar, siéntate muchacha.

Empecé a contarle todo lo relacionado con las noticias que había estado realizando, a las premiers que había asistido y tal pero mis pensamientos estaban en otro lado. Nunca antes había sentido una atracción tan urgente por alguien y creo que el tal Di Giovanni también había sentido

algo, lo noté en sus ojos.